

la modernidad y viceversa y al mejor conocimiento de cada uno de estos dos niveles a través del otro.

Incluso en una época en que el progresivo encogimiento de las especializaciones no había avanzado tanto como ahora, el estudio de la cultura griega sufrió ya mucho por esa visión parcial a que he aludido. No hablemos ya de la general ignorancia, en ciertos países, de las más ligeras nociones de lingüística por los filólogos y viceversa. Señalemos cómo, por ejemplo, los historiadores creen que la Historia de la Antigüedad es una parcela autónoma y los filósofos creen que la Historia de la Filosofía lo es también. Y apuntemos también a la presunta autonomía de la Arqueología.

Un buen ejemplo de este tipo de error está en los Manuales de Historia de la Filosofía griega que sentencian apodícticamente que la Filosofía griega, en cuanto ocupación racional, comienza con los presocráticos como estudiosos del cosmos y con Sócrates y sus continuadores como estudiosos del hombre. Pero no es nada fácil disecar tajantemente lo racional de lo irracional: ya hemos señalado lo que decía Laín a propósito de Pitágoras y Empédocles y habría que aludir a libros como *Psique* de Rohde, *El descubrimiento del Espíritu* de Snell, la *Poesía y Filosofía de la Grecia arcaica* de Fränkel y *La Teología de los primeros filósofos griegos* de Jäger. Y se ha señalado múltiples veces, cada vez con mayor precisión, que en la *Teogonía* de Hesiodo (y en teogonías posteriores, órficas y otras) están las raíces de la Ciencia natural como investigación de la *arkhé* del cosmos, como búsqueda de lo oculto a través de lo aparente.

En cuanto a la filosofía moral o político-moral de raigambre socrática, qué duda cabe de que es absolutamente incomprensible desligada del ambiente religioso y tradicional, de las polémicas y puntos de vista de los líricos, los trágicos, Herodoto. Separar aquí dos universos, uno religioso, otro racional, es equivocado. Hay mucho de racional en la progresiva elaboración del concepto de *dike* o «justicia» antes de Sócrates, hay mucho de religioso en la filosofía socrática y, sobre todo, en el platonismo, que en buena medida es una traducción a módulos racionales y dialécticos de convicciones profundas que enlazan con el mundo griego anterior. El que sólo Sócrates (antes los pitagóricos, se dice) se denominara «filósofo» no es razón para que también nosotros sigamos ese maniqueísmo de las palabras y las etiquetas.

Cierto, los profesionales de la Historia de la Filosofía tratan de ver en la historia del pensamiento griego una serie de respuestas tipificadas a planteamientos y problemas eternos. Mucho hay de ello, sin duda. Pero, a la vez, en la historia de la Filosofía griega hay el despliegue de un pensamiento condicionado social e históricamente, un pensamiento de origen religioso que con frecuencia no se hace otra cosa que transponer a formulaciones racionales. No se puede hacer historia de la Filosofía griega sin conocer a los griegos en todos sus aspectos, sin conocer toda su literatura. Ciertamente, no es menos verdad que es precisa una carga sistemática, un conocimiento de la historia posterior de los mismos problemas. Estamos siempre en lo mismo: el conocimiento de lo antiguo y lo moderno es inseparable.

E igual en lo que a la Historia propiamente se refiere. Hay la Historia de Grecia y hay la comprensión por los griegos de lo histórico y la formulación que los griegos le

han dado. En un libro ya antiguo⁷ traté de hacer ver cómo eran inseparables, indisolubles, la historia de las ideas políticas (reflejada en muy diversos géneros literarios, no sólo en uno especializado), el impacto de éstas en la realidad y el impacto de la realidad en ellas. Es un tema que no está agotado ni mucho menos: sólo a la luz de la relación entre ideas y praxis política pueden comprenderse Tucídides y Platón, por ejemplo, o pueden comprenderse los problemas de la democracia ateniense y de todas las formas políticas griegas en su proyección histórica.

A veces se piensa que la Arqueología o la Historia del Arte son más independientes. Es un error de lo más craso. Ni el origen del arte griego se comprende fuera de su religión y su sociedad, ni sus productos más importantes, sobre todo en la época arcaica, pueden comprenderse sin esa perspectiva. La situación del arte (y de la literatura) en nuestros días es absolutamente diferente y hay preguntas que, debido a ello, ni nos hacemos. Nos parece lo más natural del mundo que el artista micénico reprodujera la captura del toro o la danza de enmascarados disfrazados de asnos o el desfile de los guerreros o el de los segadores que regresan de su faena. Algo así como cuando nosotros hacemos una fotografía de cualquier suceso curioso o pintoresco. El artista antiguo no hacía fotografías. Recogía, en el origen, actos sacrales en objetos con un destino sacral. El uso para nosotros puramente suntuario de ciertos objetos de arte en el banquete o la *toilette* femenina no se entiende sin las connotaciones sacrales de estas acciones. Y, sin embargo, es raro que este punto de vista se desarrolle más que en observaciones sueltas.⁸

Dentro de la Literatura, de otra parte, la separación de un sector propiamente literario, otro filosófico y otro que diríamos técnico (medicina, etc.) tiene inconvenientes grandísimos: puede hacerse por necesidades puramente prácticas, pero siempre que no se pierdan de vista las conexiones. Pero ya hemos visto las relaciones de lo que habitualmente se llama filosofía con lo que habitualmente se llama literatura. Y no sólo se trata de la edad arcaica. La misma medicina hipocrática crea un género incomprensible sin sus raíces anteriores y paralelo a géneros como el discurso epidíctico y el tratado filosófico. La Filosofía se expresa en el diálogo, la carta, el poema, la máxima, la exhortación, que tienen lazos estrechos son géneros que se califican de literarios. El cinismo, el epicureísmo se vierten en géneros en que distinguir lo literario y lo filosófico es irreal.

Pero pasemos al segundo tema a que aludíamos, la relación de helenidad y modernidad para la recíproca comprensión.

Por reacción contra ciertos métodos ensayísticos y ciertas exageraciones, la Filología griega (y uso la palabra en su sentido más amplio) ha actuado con frecuencia dentro de una asepsia esterilizante. Es notable y absurda, por ejemplo, la mínima relación que tienen entre sí estudios de historiadores del teatro, la religión y la etnografía sobre los orígenes del teatro en general y estudios de filólogos sobre los orígenes del teatro griego. La rica, inmensa masa de paralelismos que el fenómeno teatral encuentra en todos

⁷ Ilustración y Política en la Grecia clásica. *Madrid*, Revista de Occidente, 1966: nueva edición, La democracia ateniense. *Madrid*, Alianza Editorial, 1975 y reediciones.

⁸ Remito a la segunda parte, «Las artes plásticas», obra de don Pedro Bádenas, en el libro dirigido por mí, Raíces griegas de la cultura moderna. *Madrid*, U.N.E.D., 1976.

los pueblos de la tierra (y que nada quita a la originalidad griega, al contrario) es simplemente descartada o silenciada por los últimos. Prefieren continuar discutiendo al infinito unas mínimas líneas de Aristóteles en su *Poética*, unos *obiter dicta* insuficientes. Los más radicales, como Else, llegan a proponer que la tragedia fue una invención artificial, una síntesis de laboratorio del coro dorio y el yambo jonio: todos los elementos rituales, la máscara, etc., serían añadidos posteriores.

Un helenista debe abrirse al resto del mundo: no sólo al mundo moderno europeo sino también a todos los pueblos de la tierra. Los griegos partieron de un nivel próximo al de tantos pueblos africanos, americanos u oceánicos, a cuyo arte y creencia se hallan tantos, tantísimos paralelos en Grecia: dieron el gran salto hacia la época racional, pero el punto de partida era generalmente humano. La unidad de la cultura humana a partir, al menos, del Neolítico, es un hecho cada vez más firmemente adquirido. Entonces, aislar lo griego como algo diferente, raza de dioses no contaminada, es irreal y absurdo. No: los griegos en sus fases antiguas estaban dominados por supersticiones, por dioses teriomorfos, por creencias prerracionales. Sólo de aquí nació lo propiamente griego y aun esto difícilmente y no en estado puro. Sólo el que compare el teatro griego con el *katakali* indio o el *kabuki* japonés o las danzas tribales africanas o de Nueva Guinea puede ver las raíces y las diferencias.

Otras veces los puntos de inspiración para comprender a los griegos están en los avances de la Ciencia moderna. Así, sólo a partir de lo que va intentando la moderna semántica puede llegarse, a partir del estudio de las palabras y no de conceptos supuestamente universales, a comprender la más antigua filosofía griega. Sólo a partir de una concepción estructural arraigada en la Lingüística y la etnografía modernas, puede llegarse a un análisis de las obras literarias griegas, a una teoría de los géneros literarios griegos con sus orígenes, evoluciones, relaciones de forma y contenido, etc. Sin la moderna Lingüística y la moderna Ciencia de la Literatura no hay avance posible.

Estos son solamente algunos ejemplos. Pero hay también el punto de vista contrario. Por ejemplo, si la visión de nuestra sociedad puede contribuir a que comprendamos mejor la sociedad de la época helenística, lo contrario es también cierto. Fenómenos como el cinismo y el epicureísmo aguzan sin lugar a dudas nuestra comprensión de fenómenos contemporáneos no por marginales (no tan marginales) menos importantes. Las concentraciones de poder económico, político y administrativo que surgían en la época helenística, y luego en la romana, convivían con modos de vida que en forma alguna nos son extraños. Recordemos aquel centrarse en la vida privada, aquel desinterés por lo público, aquella búsqueda de la literatura de evasión, aquella oscilación entre el encogimiento de hombros ante todo lo comunal y el intento de atornillar cada vez más el poder del Estado: fenómenos no incompatibles sino, más bien concomitantes. Hay tanto alejandrismo en nuestra literatura, tanto cinismo (pero menos serio) en nuestros marginados, tanto bizantinismo administrativo en nuestros gobernantes y en otros que querrían serlo, que Antigüedad y Modernidad o ciertos períodos y fases de una u otra resultan a ratos una y la misma cosa.

O bien, ¿qué panorama hay más ilustrativo para nuestros regímenes actuales calificados de liberales y democráticos que el de la antigua democracia de Atenas? Sería cosa curiosa redactar un catálogo de lo que ahora se considera democrático (impuestos direc-

tos, huelgas políticas, manipulación del orden público, altavoces atronadores de ínfimas minorías) y entonces se juzgaba con un criterio inverso. No voy aquí, por supuesto, a plantear siquiera el problema de quién tiene razón. Pero es interesante ver cuán relativo es el juicio político, cuánto espacio queda abierto a la originalidad, a la creación fuera de unos modelos consagrados que, a ratos, simplemente no funcionan. Y cuánta es la tiranía de las palabras.

Y es que la Antigüedad griega —la Antigüedad clásica en general, Roma es una continuación, una «segunda navegación»— está tan próxima y tan lejana a la vez que como paralelo y como contraste es inevitable. Esa visión ahistoricista de que antes he hablado habría que sustituirla para el hombre culto por una visión historicista más crítica, menos dogmática, más irónica incluso. Ciertamente que el que conoce demasiado obra poco: pero al lado de tantos que obran o quieren obrar, a veces más por escapismo respecto a sí mismos que por otra cosa, debería de haber un número creciente de hombres cultos que comprendieran. La combinación de ambos factores sería, por supuesto, lo ideal. Pero, en fin, sin propugnar el gobierno de los filósofos, sí se puede propugnar, por lo menos, un poco más de comprensión y un poco menos de fanatismo. ¿Qué otra cosa es la cultura? En esta empresa, el conocer a los griegos qué duda cabe de que es una parte importante. Pues sus presupuestos, su situación, sus avances, sus problemas no son, pese a todo, tan diferentes de los nuestros. Por fortuna y por desgracia.

Estas reflexiones sobre lo que puede ser el cultivo de la cultura griega en una perspectiva global de la cultura y lo que puede aportar el conocimiento de Grecia a un mejor conocimiento de nosotros mismos me han sido sugeridas por la obra de un hombre que está, pienso, en esta línea. Al dedicar a los temas que he mencionado unas rápidas meditaciones he querido, de un lado, hacer ver la actualidad de los griegos (la actualidad potencial, debería decir) y lo que debería ser un método global de estudio cultural; de otro, rendir un modesto homenaje a una obra cuya fecundidad es bien clara.

Francisco R. Adrados